

**La velocidad en los mundos lentos**  
Accidentes, máquinas y sociedades en América del Sur  
editado por Nicolas Richard, Diego Villar y Alberto Preci

# El accidente de la máquina en clave wichí

Rodrigo Matías Montani  
IDACOR, CONICET-UNC, Argentina

**Abstract** During the recent years, an epidemic of gasoline inhalation and consequently of serious fire “accidents” has been affecting Wichí children and teenagers living in several areas of the Argentinian Chaco. This chapter seeks to ethnographically delimit the problem and to defend an explanatory hypothesis that combines linguistic-conceptual, sociological and technological factors to explain this contemporary phenomenon.

**Keywords** Addictions. Suicide. Accidents. Hunter and gatherers. Gran Chaco.

**Índice** 1 El problema. – 2 El accidente. – 3 La máquina. – 4 El accidente de la máquina



Edizioni  
Ca' Foscari



**Studi e ricerche 42**  
e-ISSN 2610-9123 | ISSN 2610-993X  
ISBN [ebook] 978-88-6969-940-5

**Peer review | Open access**  
Submitted 2025-01-30 | Accepted 2025-03-17 | Published 2025-09-30  
© 2025 Montani | CC BY 4.0  
DOI 10.30687/978-88-6969-940-5/019

283

## 1 El problema

En una región marginal de una provincia limítrofe de un país centralista y periférico, en lo que hasta entonces era tierra indígena, colonos mestizos e inmigrantes del Viejo Mundo fundaron hacia 1930, a orillas de la flamante estacioncita de tren de Morillo, un nuevo pueblo: Coronel Juan Solá. El último tren pasó por Morillo (que hoy es el apodo de ese pueblo de la provincia de Salta) hace unos treinta años, pero ahora a la par de la vía abandonada corre la ruta nacional 81: 700 kilómetros de asfalto que atraviesan en línea recta, de este a oeste, el Chaco central. La ruta se terminó de pavimentar recién en 2007 y, con eso, en menos de una década la población de Morillo se duplicó. Es una localidad importante para el Chaco salteño: 5.500 habitantes, la mitad indígenas wichís y la otra mitad «criollos» – desde la perspectiva wichí, indistintamente, *suwelelhais*, «colonos opresores», o *ahätäylhais*, «muertos vivos»-. Para muchos, la otrora tierra salvaje por fin se civiliza: hay negocios, hay camionetas, hay mucho cemento.

Pero atardece el 19 de agosto de 2022 en un barrio marginal de Morillo y Lelio<sup>1</sup> se ha puesto «*fwitsaj*», ‘fiero’.<sup>2</sup> Tiene catorce años y discute con sus padres en la casucha donde viven. Intentan calmarlo, en vano, y para no discutir más el padre lo manda a la calle. Ya del otro lado de la cerca, el muchachito sigue reclamando a la madre por no querer darle dinero. Dice que necesita recuperar un *pendrive* que empeñó en un negocio del centro, que necesita la música que guarda en él y las fotos. Le ordena, incluso, que vaya a buscárselo. La madre lo reta: «*Mä!*» (‘¡vaya!’). Y el niño se va de mala gana, pisando el polvo seco.

Cae la noche. Ha estado inhalando gasolina todo el día, y una botellita de alcohol le juega entre los dedos. Camina a los tumbos, la destapa, se rocía las manos y se refriega el alcohol por todo el cuerpo. Camina lento, intentado hacer funcionar un encendedor fallado. Otros niños lo ven y se acercan para aplacarlo, pero no funciona. Lo que al final sí funciona es el encendedor, y Lelio consigue prenderse fuego. Un vecino que pasa quiere apagarlo, pero se le escapa corriendo, varios metros, como una llama humana. Cuando al final lo alcanza y lo tumba, el muchachito está bien quemado. Pero no ha muerto.

En los últimos seis años, se han prendido fuego en Morillo más de veinte adolescentes. Por lo general tienen entre trece y diecinueve años, casi todos son indígenas y hay entre ellos más varones que mujeres. En todos los casos, las víctimas estaban bajo los efectos

1 Todos los nombres son seudónimos.

2 Salvo que indique otra cosa, estas expresiones entrecomilladas (o en cursiva cuando están en wichí) son de los propios indígenas.

de alguna sustancia: a veces, quizá, de marihuana o paco, pero siempre de alcohol puro o, más aún, de gasolina. Las consecuencias de prenderse fuego luego de haber inhalado nafta son en parte las predecibles. Para las víctimas: secuelas, muchas veces de por vida y gravísimas, o, en la mayoría de los casos, una agonía horrenda seguida de muerte. Para el contexto: dramas familiares y comunitarios, más estigmatización por parte de los criollos, notas llenas de espanto en la prensa,<sup>3</sup> y, por parte del Estado, algunos intentos muy desganados de afrontar el problema.

¿Las causas? Son complejas. Los actores dan y ponderan diversas razones, y seguramente un análisis etnográfico, sociológico y comparativo pondría en evidencia otras más, que en principio para ellos permanecen ocultas. Hasta donde sé, en el Gran Chaco, una década atrás, la inhalación intencional de gasolina por (pre) adolescentes era algo completamente desconocido; pero una primera revisión de la literatura muestra que el problema -e incluso, aunque en mucha menor medida, el del incendio accidental de los que inhalan- existe desde hace décadas, mayormente en poblaciones indígenas remotas de Australia, Canadá, Estados Unidos y Nueva Zelanda.<sup>4</sup> Por diversos motivos, no voy a emprender acá un análisis sociológico ni comparativo de este fenómeno, pero la luz que emanan esos cuerpos incendiados perfila sombras tan oscuras que ameritan al menos intentar su demarcación etnográfica. Para eso quiero argumentar a favor de una hipótesis: que esos muchachitos se prenden fuego por un accidente de la máquina, en un doble sentido que habilita la expresión.

## 2 El accidente

Defender esta hipótesis requiere, primero, explicar por qué para los wichís los adolescentes se prenden fuego no tanto por ‘suicidarse’ (*lhailänhen*) como por ‘accidente’ (*lewit’äy*). En muchos casos, no hay dudas de que se trata de un ‘accidente’ tal como lo conciben nuestras lenguas europeas; es decir -aunque la definición por comprensión de los conceptos verbales es siempre un poco ficticia-, como un evento contingente y repentino que resulta en daños involuntarios de alguien o de algo.<sup>5</sup> Por ejemplo, siempre en Morillo, en 2021

**3** Por dar sólo un ejemplo, «Drogarse con nafta y alcohol etílico, el nuevo flagelo de los adolescentes de la comunidad wichí en Salta», *Infobae*, Buenos Aires, 17 de octubre de 2018.

**4** Ver, por ejemplo, Cairney, Dingwall 2010; Fortenberry 1985; Janežič 1997; MacLean, D’Abbs 2002; Remington, Hoffman 1984.

**5** El concepto verbal es de origen latino (Corominas, Pascual 1984, 28), entró en nuestras lenguas hace muchos siglos y se mantuvo más o menos estable. El *Diccionario*

Juana se quemó muchísimo el rostro y el cuello al intentar prender un cigarrillo mientras estaba inhalando (sobrevivió, aunque las cirugías reparadoras no han podido hacer mucho). Otro ejemplo, de 2017: cuando tenía trece años, Anselmo estuvo «nafteando y jugando» todo el día con sus amigos. Cayó la noche y se largó a llover. Se metieron en una casa abandonada y, como estaban mojados y les dio frío, hicieron un gran fuego. Él tenía una botellita de Coca-Cola con nafta en el bolsillo, que explotó. Los vecinos y la policía los rescataron y apagaron el incendio. Se salvó, pero se quemó una mano, las piernas y la espalda.

Otras veces, decir que fue un ‘accidente’ necesita algo de justificación, porque el evento no cumple con alguno de los rasgos semánticos que definen el concepto. Así, por ejemplo, Pedro ya era adulto cuando su esposa enfermó y murió dejándolo a cargo de cinco hijos. Poco después, la mayor falleció «de un ataque» cuando estaba por dar a luz: tenía catorce años, y también murió el niño. El siguiente hijo se ahorcó a los veinte, con una sábana dentro de la casa. Luego, el de diecinueve: era adicto a la nafta, se puso inquieto y una tarde de octubre de 2018 sacó del bolsillo una botellita de alcohol, se roció de pies a cabeza y se prendió fuego delante del padre y el hermano, para morir cinco días después en Salta capital. Por último, a fines de 2021, se mató el tercer varón: se prendió fuego y, por un rato, «anduvo por el patio como antorcha». Ahora, con sólo una hija que queda, Pedro está quebrado.

En esta tragedia, exceptuando a la hija que murió de «un ataque» (algo involuntario, contingente y repentino), podría pensarse que el resto no tuvo accidentes: la mujer murió de un cáncer (algo no repentino) y los varones «se mataron a sí mismos» (*lhailänhen*) (con voluntad). Sin embargo, en wichí, todas y cada una de esas muertes sí pueden ser concebidas con el lexema *-wit'äy*. Queda claro, entonces, que la extensión semántica del concepto wichí no se corresponde del todo con la del nuestro. Hay que calibrarlos.

Por un lado, hace falta aclarar que *-wit'äy*, que es tanto un verbo (*latwit'äy*, lit. ‘sufre un accidente’) como un sustantivo (*lewit'äy ihi*, lit. ‘tiene un accidente’), debe glosarse en primer lugar por ‘desgracia’, ‘catástrofe’, ‘fatalidad’, ‘infortunio’, y que, en tanto ‘desgracia’,

---

de la lengua española, por ejemplo, lo define como «1. Suceso eventual que altera el orden regular de las cosas; 2. [...] acción de que resulta en daño involuntario para las personas o las cosas. 3. [...] que sobreviene repentinamente» (RAE 2024). El de la Académie Française dice: «1. Événement qui arrive de manière imprévue, en bien ou en mal. 2. Fait accessoire, secondaire 3. Événement fortuit et fâcheux. 4. [...] soudain pouvant entraîner des dommages plus ou moins graves» (AF 2024). Por último, el Merriam-Webster: «1a. an unforeseen and unplanned event or circumstance; b. lack of intention or necessity; 2a. an unfortunate event resulting especially from carelessness or ignorance» (M-W's 2025).

-*wit'äy* no se excluye con *lhailän*, ‘suicidarse’. Por otro lado, el lexema -*wit'äy* –y sus muchas expresiones derivadas– no parece implicar necesariamente el rasgo semántico de contingencia y, por tanto, de falta de agencia (es decir, de intención y conciencia) en la causa, como sí lo implica nuestro concepto; de esta forma, el término wichí no excluye la agencia tanto como lo hace el nuestro: es cierto que estos muchachos suicidas no son agentes plenos (por estar narcotizados, tienen alterada o disminuida la conciencia), pero sobre todo es cierto también que en el universo verbal wichí no es fácil hablar de ‘azar’, ‘contingencia’ o ‘eventualidad’. Por último, el concepto wichí sí da a entender que la consecuencia es siempre negativa o indeseada, algo que no implica necesariamente el nuestro (por ejemplo, cuando es sinónimo de ‘casualidad’ como en «se ganó la lotería por accidente»).<sup>6</sup> Así, en clave wichí, para quien no la ha causado toda muerte en cuanto ‘desgracia’ es también un ‘accidente’. El axioma invierte sólo en apariencia aquel otro de la etnografía chaqueña, según el cual para los indígenas del área no existe la muerte por mera causa natural. En rigor, lo que sucede es que a diferencia de nuestro concepto de ‘accidente’, el concepto -*wit'äy* no obliga a los wichís a excluir del ‘accidente’ la agencia ni a aceptar la mera eventualidad. Detrás de un accidente puede haber una o varias causas.

Ahora bien, concretamente, ¿cuáles podrían ser las causas de que tantos adolescentes wichís de Morillo (y de otros pueblos de la ruta 81) se estén prendiendo fuego tras inhalar nafta? Como dije, las razones son complejas. Primero, hay que especificar un poco más en qué sentido -*wit'äy* sí acepta la agencia y la eventualidad: a veces, los wichís sí contemplan la posibilidad de que la «desgracia» (-*wit'äy*) sea producto del daño intencionado (por ejemplo, la persona estaba narcotizada y un asesino le acercó un fósforo, o el niño se había vuelto adicto porque un enemigo de la familia le había hecho brujería, etc.), pero es -*wit'äy* porque no quiere ponerse en foco la culpabilidad de nadie y/o no puede demostrársela; en muchos casos, además, los wichís sí contemplan la posibilidad del mero accidente, es decir, de la casualidad: cuando la falta de intención humana se combina con la pura causalidad física (por ejemplo, un encendedor se acerca demasiado a una boca que huele a combustible, o una botellita con gasolina se recalienta, etc.).

**6** Aunque no es fácil trazar su etimología, el lexema -*wit'äy* claramente está vinculada con -*wit'äle* (‘legado’), un poder metafísico que un ancestro deja a un descendiente (generalmente, el padre al hijo) bajo la forma de un objeto verbal y/o material. El -*wit'äle* tiene en algún grado agencia propia: si el heredero no lo usa como debe, le ocasiona desgracias (Palmer 2005, 211 ss.; Montani 2017, 413 ss.). Mucho más fácil es vincular -*wit'äy* con toda su familia de palabras: (*a(wit'ä)yhtsaj*, ‘desgraciado’, -*wit'ähyaj*, ‘lo desgraciado’, -*wit'äyen*, ‘causar una desgracia’, ‘dañar’, etc. (Claesson 2008; Lunt 2016).

Segundo, los wichís también reconocen sin problemas el suicidio (*lhailän*, lit. ‘se mata a sí mismo’). Las olas esporádicas pero recurrentes de muertes voluntarias mediante la ingesta del fruto verde de la sacha sandía (*Sarcotoxicum salicifolium*) y, en especial, la «epidemia» de suicidios adolescentes que asoló la flamante misión anglicana San Andrés hacia 1930, ambos hechos son todo un tópico de la etnografía wichí. Aunque no pueden trasladarse sin más a los casos actuales de suicidios adolescentes con fuego, conviene recordar las hipótesis encadenadas que se han barajado para dar cuenta de aquellos suicidios con sacha sandía. Una primera hipótesis es que, siendo sujetos socialmente desvalidos (al menos huérfanos de un progenitor), pero con ganas de seguir su propio deseo (por ejemplo, formar una alianza matrimonial preferencial), se mataron para resistir un mandato social opresivo (prescripción o proscripción de la alianza), que no podían desafiar de ningún otro modo. En general, los propios wichís contemporáneos son conscientes de alguna manera de esta causal cuando enuncian que la víctima se mató «por enojo» (por ejemplo, en el citado caso de Lelio). En una segunda hipótesis, el suicidio wichí sería en general un mecanismo socialmente instituido para reparar agravios que repercuten sólo en el individuo y, por ende, no logran movilizar la acción colectiva (en cambio, cuando sí lo logran el mecanismo de solución es la ‘agresión física’, la ‘guerra’: *lekatsayaj*). Una tercera y última hipótesis plantea que en San Andrés se habría dado una epidemia de ‘suicidios anómicos’ (a la Durkheim) en la cual los adolescentes actuaron como expresión de la transición social conflictiva del sistema tradicional, relativamente preceptivo y comunitarista –guiado por el principio de la ‘buena voluntad wichí’–, a uno relativamente preferencial o egoísta, representado por los criollos.<sup>7</sup>

Más allá de las razones sociológicas, es interesante notar que el incendio voluntario a lo bonzo forma parte del horizonte mítico de los wichís. En una ocasión, Tío Travieso –el *trickster* de su mitología– se metió intencionalmente en el fuego con la esperanza de obtener el candor, máxima expresión de la belleza, del ave monjita blanca (*Xolmis irupero*). El resultado: terminó calcinado (Wilbert, Simoneau 1982, 184-7). Más allá del mensaje cautelar a través de la puesta en evidencia del peor de los escenarios (un rasgo común de la mitología wichí), el mito en cuestión pone sobre aviso que lo que *prima facie* parece un suicidio bien puede ser el accidente de alguien excesivamente ingenuo que codicia algo en sí positivo (la blancura del ave), pero negativo en cuanto no le corresponde.

---

<sup>7</sup> Grosso modo, se trata de las hipótesis que sistematizó Palmer (2013) en su minuciosa revisión del asunto. La teoría de la ‘buena voluntad wichí’ también es de Palmer (2005).

Ahora bien, en los ‘accidentes’ que estoy tratando, la constante no es el suicidio sino el consumo de alcohol y, más aún, de nafta. La pregunta entonces es, pues, ¿por qué en los últimos años tantos (pre) adolescentes wichís -se impone el (‘pre’) porque hay incluso niños de siete años haciéndolo- están inhalando gasolina?

La respuesta inmediata debe ser que, a ciencia cierta, nadie lo sabe. Incluso en la bibliografía comparativa, y a pesar de la llamativa similitud de los casos, las causas que se invocan son muy poco específicas: aislamiento geográfico, falta de disponibilidad de otras sustancias, disfunción familiar (por ejemplo, por la falta de uno de los progenitores), bajo rendimiento escolar, efecto narcótico adictivo de la gasolina, conflictos intracomunitarios.<sup>8</sup> Dentro de la serie de causas inmediatas, sin duda las más relevantes las dan los propios protagonistas. César, hoy de veinte años, me contó en una serie de entrevistas en wichí por qué unos años atrás inhaló gasolina, hasta que formó pareja y tuvo un hijo. Aquí unos fragmentos traducidos y levemente editados:

Al principio me gustaba andar por ahí, siempre estaba inquieto, no me quedaba en casa. Hasta que un día me crucé con otros niños que inhalaban. Me llamaron. Fui con ellos, pero sólo a mirar y escuchar. Me incitaban a imitarlos, pero no lo hice. Sí me preguntaba si la sensación sería agradable y si valía la pena copiarlos para hacerme del grupo. Y me insistieron hasta que cedí, e inhalé.

No bien aspirás, te entra por la nariz y la boca, y parece que el vapor se te infiltra por toda la carne. Y sentís que se te paran los pelos, que la cabeza se te pone caliente y se te prende fuego, que toda la piel se te quema y te invade un calor hasta las plantas de los pies que te hace creer que se incendió el suelo y estás pisando brasas. Por eso, cuando inhalás, cada tanto necesitás mojarte. Y, cuando hace calor, no te cae nada bien. Hay que meterse a la sombra, humedecer todo el tiempo el recipiente donde tenés la nafta, la ropa y la gorra. La nafta quema.

Lo ideal para naftear era cuando estaba fresco y corría viento. Ahí nada nos estorbaba ni nos afligía. Todo parecía perfecto. Y nos poníamos a jugar y hacernos bromas muy pesadas. Y ahí donde nos agarraba la noche, nos quedábamos.

Inhalé para probar hasta que perdí el control, y ya no estuve bien. Fue como si me estuviese consumiendo; ya casi no comía, no volvía a casa, vivía de noche. A veces regresaba a media mañana y

<sup>8</sup> Ver Cairney, Dingwall 2010; Fortenberry 1985; MacLean, D'Abbs 2002; Remington, Hoffman 1984.

dormía todo el día, y cuando me levantaba volvía otra vez a inhalar, porque me gustaba estar jugando con los chicos.

Ellos estaban siempre en los mismos lugares; era muy fácil encontrarlos. A veces las chicas también venían a ver. Porque ellas naftean menos. Muchos varones no les dan, pues dicen que ellas no son tan fuertes. Una vez, una chica me pidió que dejase: ella tenía miedo de que el calor de la nafta me hiciese caer el pelo o me quemase la cabeza. Pero no le hice caso, tan sólo la miré y me reí. Cuando estábamos puestos, cada uno ya estaba un poco en su mundo. En esos momentos me levantaba y me alejaba: prefería estar solo.

Y solo ya no inhalaba tanto, me daba miedo, me dormía. Así estaba toda la mañana sin inhalar hasta que, pasado el mediodía, me levantaba y volvía. Y si no encontraba a nadie me ponía a buscar por ahí una caja de vino vacía, le sacaba el cartón para que quedase solo el aluminio, le echaba un poco de nafta, y a inhalar. Solo.

Cuando estás solo a veces es difícil. Me ponía a la sombra de unos árboles, medio escondido. Y cuando ya estaba mareado salía al lado de la calle, hasta que llegase la noche. Y los que pasaban me miraban y de seguro no les gustaba. Alguno me gritaba, aconsejándome: «¡No agarres eso!». Pero, aunque intentase mirarme, yo hacía como si nada.

En aquella época, cuando por la noche no regresaba, mi papá [viudo] me esperaba despierto, afligido, preocupado, intranquilo; no podía dejar de pensar. Temía que me pasase algo o que yo hiciese algo. Por esto último no me retaba, y sólo intentaba persuadirme diciéndome: «No quiero que andes de noche ni que agarres nafta. No es bueno». Me explicaba que, de algún modo, yo me estaba matando.

Cuando estás inhalando ya no podés fumar ni tomar alcohol: te saca completamente el hambre. Sólo agua fresca, hielo. No es como cuando uno toma vino o alcohol etílico, que sí podés. La nafta me blanqueó los dientes y, al principio, sentí que en la cancha de fútbol andaba bien ligero. Pero después me vi piel y hueso, y sentí que me dolía todo, que el hígado entero se me quemaba y me costaba mucho respirar. Eso ya no me gustó, y quise parar. Dejé antes de que fuese demasiado tarde. Ya está, ya pasó.<sup>9</sup>

Para los propios protagonistas (pre)adolescentes masculinos, la secuencia causal es siempre más o menos la misma: uno se pone intranquilo e inquieto, y sale a deambular fuera de la esfera doméstica buscando integrarse a un grupo de pares. Lo encuentra,

---

<sup>9</sup> Entrevista con César, agosto de 2022.

y con ellos comienza a consumir sustancias que le resultan, al menos al principio, tranquilizantes y lúdicas. Dicen que la nafta los anestesia y anima al mismo tiempo, y que además les quita las ganas de consumir otras cosas que difícilmente pueden pagar: alimento, hojas de coca, alcohol, cigarrillos. Para colmo, la nafta es fácil de conseguir. Las desventajas: que es adictiva, que causa a veces alucinaciones horribles y, más temprano que tarde, dolores físicos y daños de órganos, y que además los avergüenza un poco, porque saben que la práctica es censurada por la sociedad e, incluso, por la propia familia.

Los wichís adultos nunca inhalaron, y la mayoría reconoce que es difícil explicar la nueva moda. Sin embargo, no dudan en sondear en su propia experiencia de adicciones. El viejo Tiburcio reflexionó así sobre el nafteo de sus nietos:

Yo no puedo entender por qué naftean. Aunque algo sí entiendo, porque tuve vicios, y ellos toman alcohol, y cuando no tienen agarran nafta.

Yo tenía unos seis años y, sin embargo, lo recuerdo nítidamente. Mi padre, todos los días, hachaba leña de quebracho para el ferrocarril. Mi abuelo, había salido del bosque para hacer lo mismo allá por entonces, cuando llegó por primera vez el tren. Una mañana que había llovido mucho mi familia estaba en el rancho, los niños sobre esos catres de rama, los grandes directamente durmiendo en el barro. Hacía frío. Había enfermos. La imagen me dolió en el alma, y me prometí que cuando fuese grande yo no iba a ser igual.

A los ocho ya me había ido de casa. Me fui a trabajar con los que cortan postes de quebracho colorado. Les abría las picaditas por las que se mueven a través del bosque, les traía agua, les buscaba leña para cocinar. Me pagaban, y yo con eso me agarré todos los vicios: cigarrillos, hojas de coca y alcohol etílico rebajado con agua.

Pasaron los años, y no paraba de reflexionar. ¿Qué beneficio saco yo de todo esto? Pensé muchísimo: con los vicios no gano nada, me decía, solamente daño mi persona. Y cuando fui a tener mi primer hijo, entré en la iglesia Asamblea de Dios y los dejé a todos.<sup>10</sup>

En otras ocasiones, los wichís adultos no dudan en inculpar a las propias familias: los niños inhalan porque los padres no los controlaron a tiempo, porque fueron demasiado permisivos cuando sus hijos eran pequeños, porque «no se les impusieron» y ahora «no

---

**10** Entrevista con Tiburcio, 4 de septiembre de 2023.

los logran dominar», o incluso porque «les dan el mal ejemplo» siendo ellos mismos alcohólicos o no les dan ejemplo alguno, o bien porque directamente la familia no existe debido a la ausencia de uno o ambos progenitores. Las explicaciones de los criollos, que van por el mismo camino, generalmente suman la discriminación étnica y racista: «Esto pasa porque los aborígenes son así y así». La explicación por la ausencia de control parental no es necesariamente falsa, ya que la permisividad de los wichís para con sus niños es proverbial. Una anécdota ilustra el caso: en agosto de 2023, un líder comunitario llevaba a su nieto al colegio en el asiento de atrás de la bicicleta; el niño, de unos siete años, iba aspirando gasolina. Volveré sobre esta ‘permisividad’ al final del texto.

Ahora bien, más allá de las causas estructurales, ¿cómo ocurrió el accidente, la contingencia de que los niños comiencen a inhalar? Las razones más repetidas por los wichís tienen que ver con el contagio y la apología, que no se excluyen mutuamente. Por un lado, dicen, con la ruta habría llegado el narcotráfico, que habría producido un consumo en cadena de sustancias hasta terminar en la más barata. Por el otro, la práctica concreta habría sido introducida en los pueblos de la ruta 81 por unos jóvenes wichís adictos, emigrados del barrio La Loma de Embarcación, o bien la habrían expandido –quizá sin querer– los policías y el personal de la provincia de Salta, que dictaban unos cursos «antidrogas» para los niños, en los que por supuesta prevención se explicaba el nafteo con demasiado lujo de detalles.

Todas estas razones tienen seguramente mucho de verdad, pero aunque suene a banalidad no habría «nafteo» sin nafta. Y la nafta viene con la máquina.

### 3      **La máquina**

Para poder defender la hipótesis de que el incendio de niños «nafteados» es un accidente de la máquina hay que poner a su vez a ese artefacto en contexto. Primero, vale la pena comenzar con unas premisas teóricas. (i) Un artefacto es una cristalización de acción social (i. e., recurrente y con sentido) para ser usada y pensada; por eso, no es un objeto inerte sino un «agente de segundo orden» (Gell 1998) que tiene «prestaciones» (*affordances*): es decir, que facilita o dificulta ciertos cursos de interacción (así, por ejemplo, una silla indica al usuario qué hacer con ella y cómo sentarse) (Hutchby 2001). (ii) Por ser un artefacto complejo (i. e., con partes) orientado a la conversión de energía, la máquina tiene entre los artefactos un grado de agencia relativamente alto (al menos de intención, si no de conciencia). Por último, (iii) existe una suerte de isomorfismo entre máquina y sociedad: una sociedad altamente jerarquizada está en relación con artefactos internamente jerarquizados (en la moto el

freno está subordinado al cilindro) y externamente jerarquizantes (el comprador de una moto está subordinado al fabricante).

Luego, la historia. En las últimas décadas, el Gran Chaco se ha llenado de máquinas, algunas eléctricas, la mayoría a motor. Es la mayor oleada de máquinas de la historia wichí. Por tradición, estos indígenas son gente del bosque y el río, cazadores-recolectores de la porción occidental de esa franja de tierra que, bajando de los Andes, delimita los cursos del Pilcomayo y el Bermejo. En su mundo de antaño había muchos artefactos, pero sólo dos máquinas, las más simples: el arco y flecha de los hombres, y el mortero y pilón de las mujeres. Recién con la llegada de los conquistadores españoles (siglo XVII), la instalación de colonos (desde el siglo XVIII) y las campañas militares de los nuevos Estados-nación (segunda mitad del XIX), los wichís fueron conociendo una verdadera máquina: las armas de fuego. Pero aún no se trataba de una oleada: eran máquinas de un único tipo. Y, además, aunque los wichís las padecieron bastante temprano, las adoptaron tarde y pocas, y sólo para cazar.<sup>11</sup>

La primera verdadera oleada de máquinas comenzó como irradiación de las industrias extractivas que prosperaron en las márgenes del Gran Chaco hacia fines del siglo XIX: en el caso que trato, los ingenios azucareros que por casi un siglo usaron mano de obra indígena. Fue en esa época cuando el Chaco salteño se llenó de colonos, trenes y pueblos como Morillo. Y fue en aquellas fábricas-plantación y en las concomitantes misiones cristianas donde los wichís conocieron muchas máquinas, usaron varias y adoptaron alguna -al fin de cuentas, se hicieron dueños sólo de máquinas a trabajo humano: la bicicleta, un carrito a tiro de hombre, algunas sierras primitivas de carpintería-.<sup>12</sup>

La segunda oleada de máquinas que arrasó los bosques del Chaco, la mayor, la actual, se corresponde también con un nuevo y mayor avance de las actividades extractivas, que esta vez calan hasta el corazón del territorio wichí. Para estos indígenas, la nueva ola tuvo un preludio en la década de 1970, cuando a los rubros del algodón y la madera se sumaron las fincas frutihortícolas y poroteras. Para resistir ese avance, en algunas misiones los religiosos crearon empresas cooperativas indígenas como la Sociedad Anónima San Miguel o la cooperativa de la hermana Guillermina.<sup>13</sup> En esa época, por primera vez y por un corto período, algunos wichís usaron grandes máquinas: generadores, bombas de agua, sierras, tractores, etc.

---

**11** Para la historia colonial de los wichís, ver Combès, Montani 2023; Palmer 2005. Para un estudio comprensivo de la cultura material wichí, Montani (2017).

**12** En Montani (2015) y Dasso y Franceschi (2015) puede consultarse una historia de los wichís en los ingenios.

**13** Para esta última, cf. Franceschi, en este volumen.

Si embargo, la dictadura (1976-84) inició un *impasse* que se prolongó en la guerra de Malvinas, la hiperinflación y la crisis de 2001, durante el cual aquellas máquinas se ‘asilvestraron’: se desguazaron en el bosque o bien se ‘escaparon’ enteras o por partes hacia los criollos. El *impasse* terminó con la llegada de la soja transgénica, que trajo consigo más máquinas, sobre todo asiáticas, y con ellas el asfaltado de rutas (como la 81), por donde las máquinas iban a sacar más madera y mano de obra, carne y maíz, soja y hortalizas (Ceddia, Montani, Mioni 2022).

Las grandes máquinas de esta nueva ola quedan todas del otro lado del límite étnico. Los wichís ni siquiera las utilizan en beneficio de otros, sino que los empresarios (criollos) las usan contra los campesinos (criollos) y, sobre todo, contra los indígenas: deforestan con topadoras, exprimen la tierra con bombas y cosechadoras, fumigan a mansalva con avionetas, sacan rollos de madera con camiones de doble acoplado, reprimen y usurpan con más armas.

En cambio, unas pocas máquinas de esta nueva ola, relativamente pequeñas y de uso individual, sí han sido adoptadas por los wichís. Con ellas, adaptándolas un poco a sus propias necesidades, tratan de acomodarse a las nuevas reglas de juego. Por ejemplo, tratan de cobrar las ayudas sociales del gobierno nacional en los contados cajeros automáticos que hay de pueblo en pueblo, tratan de facilitarse la construcción de sus casas o incorporarse en el primer eslabón del mercado de maderas duras con alguna motosierra, con alguna herramienta de carpintería fabrican muebles y aberturas de algarrobo que mandan a las ciudades, o algunos pocos compran un electrodoméstico (un televisor, una heladera, un lavarropas) y muchos, casi todos, intentan conseguir teléfonos celulares<sup>14</sup> y motocicletas.

La adopción de estas máquinas no es, claramente, algo exclusivo de los wichís, ni de los indígenas del Chaco, sino que responde a una suerte de *boom* global.<sup>15</sup> Además de porque las quieren, y las necesitan, los wichís comenzaron a comprar motocicletas a partir de 2010 como resultado de tres factores: (i) el abaratamiento del precio de esos artefactos por la llegada a la región de marcas chinas; (ii) la disponibilidad de dinero gracias a los planes sociales y/o la retribución por trabajo (como jornaleros o, en casos contados, pequeños empleados del Estado) o recursos (tierra, madera, hidrocarburos) y, finalmente, (ii) el accionar de vendedores-financistas ambulantes venidos de las grandes ciudades aledañas (Salta, Orán, Embarcación, Formosa, etc.). Con las motos los wichís se mueven entre los pueblos,

---

**14** Con los teléfonos, cuando hay una antena disponible los wichís usan sobre todo WhatsApp, Facebook y TikTok, a veces envían mensajes o llaman, pero en la web navegan muy poco.

**15** Ver Villar 2023, y en este mismo volumen.

las aldeas y el bosque, en recorridos que rara vez sobrepasan los 70 kilómetros.<sup>16</sup>

#### 4 El accidente de la máquina

Es hora entonces de volver a la hipótesis inicial. Cuando digo que el incendio de adolescentes tras inhalación de nafta puede ser un ‘accidente de la máquina’, no quiero significar solamente que los jovencitos se prenden fuego a causa del ingreso al Chaco de, por ejemplo, cosechadoras o motos. El mito moderno de la máquina la presenta como símbolo del poder humano y como llave de la felicidad, pero en los hechos la máquina no sólo es accidentógena sino que es explotadora de la sociedad y destructora de la vida (Mumford 1969). Lo original del caso wichí, así, podría ser no tanto que en su relación dialéctica con la máquina moderna el accidente sea el signo constante, sino que en ese accidente también termine padeciendo la propia máquina. De ahí que valga usar la ambigua preposición ‘de’ para habilitar dos lecturas simultáneas: el accidente *que causa* la máquina, el accidente *que sufre* la máquina.

He aquí un ejemplo un poco mitopoético pero a la vez paradigmático. En el preludio de la segunda ola de máquinas, hacia fines de 1970, los anglicanos pusieron en marcha la mencionada Sociedad Anónima San Miguel. Era un proyecto productivo de hortalizas y muebles que buscaba solucionar dos problemas crónicos de los wichís del siglo XX: la inviabilidad de la economía tradicional en un Chaco usurpado y degradado, y la necesidad de integrarse más y mejor al mercado (la oferta de empleo de los ingenios se había acabado en 1964, y recién comenzaba el trabajo duro y mal pago en las fincas). Como dije, San Miguel fue un proyecto de desarrollo moderno, financiado internacionalmente, lleno de máquinas. Paradójicamente, para la mayoría de los wichís, la Sociedad Anónima San Miguel fracasó por el «accidente» (-*wit'äy*) de un gran generador. En Misión Chaqueña, un wichí desinformado lo prendió cuando un misionero-electricista arreglaba unos cables; se dice que el electricista murió fulminado, y esa desgracia acarreó otras: reclamos de indemnización, quiebra de la Sociedad Anónima, y luego una serie de «accidentes/desgracias» para las propias máquinas, que fueron repartidas entre los wichís y terminaron vendidas o desguazadas.

Las consecuencias de este accidente, que es mutuo -de la gente y de la máquina-, abre un atajo que nos reconduce al «nafteo». Aquel caso pone en evidencia que, sin la intromisión de un agente externo

---

**16** Para un estudio del impacto de las motos sobre la pesca wichí del Pilcomayo, ver Preci 2023.

(el mercado, el Estado y sobre todo los misioneros), la sociedad wichí tiene una tendencia a rechazar, así sea pasivamente, a la máquina moderna, jerarquizada y jerarquizante. No le ofrece el sustrato sociológico que ésta necesita para funcionar; por esta tendencia, que quizá sea general a muchos pueblos cazadores-recolectores altamente igualitaristas, en otro lugar califiqué a los wichís de ‘antimáquina’ (Montani 2021). Así, el concepto wichí de ‘accidente’ con la máquina cifra un vínculo que no funcionó: una relación desgraciada.

Ahora bien, más allá de la alta tasa de accidentes con -y de-máquinas (aunque en rigor no hay estadísticas), lo cierto es que entre los wichís ese par de máquinas de posesión y uso individual (las motos y los celulares) están hoy en pleno funcionamiento. Pero, de todos modos, la luz de esos niños a nafta que se vuelven de fuego nos muestra la sombra oscura de algo que realmente no funciona: una vez más, una relación accidentada y desgraciada.

De un lado, la desgracia de esos niños wichís es la moto; porque el nafteo llegó con las motos. Nadie ha hecho, todavía, una epidemiología regional del problema, pero hacia 2015, en el barrio wichí y toba de La Loma, en Embarcación, cuando uno subía la cuesta a media mañana, era ya de rutina cruzar a unos muchachitos trasnochados con la cara metida en un tetrabrick: los propios indígenas les llamaban «los nafteros». Por entonces, en Morillo la inhalación era algo que ni se imaginaba. Pero muy pocos años después, en 2017, probablemente con algunos de esos muchachos, pero sin dudas con las motos que en esa nueva ola de máquinas los vendedores introducían al Chaco, el nafteo ya estaba en Morillo. Nada en Morillo habría probablemente ocurrido con la velocidad que ocurrió si la ruta 81 no hubiese estado ya completamente pavimentada. Lo dicen los propios wichís: «Aquí el problema llegó con el asfalto».<sup>17</sup> Y ya lo había anticipado otro wichí, Martín, inclinado a las visiones apocalípticas, cuando soñó, mientras pavimentaban la ruta, que ésta era una langosta gigante con cabeza de mujer que avanzaba devorándolo todo, muy rápido (cf. Apocalipsis 9: 7-10).

Vimos que los (pre)adolescentes comienzan a inhalar por afiliarse a un grupo de pares, pero también para dejar de estar intranquilos e inquietos, que son dos estados contrarios al ideal de sociabilidad wichí. No hace falta mucho esfuerzo para imaginar por qué los (pre) adolescentes wichís podrían estar ansiosos: atravesan una etapa del ciclo vital en la que deben operar su pasaje de la familia al mundo; a un mundo en crisis que, por si fuera poco, para ellos está signado por la explotación, el racismo y la pobreza. Sin embargo, también hay que poner de relieve algunas características propias de la adolescencia wichí. La norma uxorilocal hace que entre ellos este

---

**17** Entrevista a un líder comunitario, 30 de julio de 2022.

pasaje de la familia al mundo se exprese fundamentalmente como un tránsito del universo consanguíneo al afinal: parcialmente afinal para las mujeres y totalmente afinal para los varones. La radicalidad del pasaje masculino explicaría, en buena medida, por qué son ellos los que deambulan más y sienten una mayor presión psicológica. A esto se suma la intensidad y liminariedad del momento vital: en un período que, según los propios wichís, es notoriamente cada vez más corto (es decir, las parejas son cada vez más precoces), el (pre) adolescente debe hacer una jugada decisiva -con quién formar pareja que equivale a con quién tener hijos- y, además, en el caso masculino, debe hacerla solo, porque está en un umbral: desprendiéndose de la familia consanguínea, aún sin incorporarse a la sociedad afinal; de aquí, quizás, la importancia que los pequeños grupos de pares adquieren en esta etapa para el sujeto masculino. Si el carácter liminal de la adolescencia en general la vuelve un momento vital en el que acecha el conflicto -por ejemplo, entre el deseo subjetivo y las expectativas colectivas-, la adolescencia wichí en particular es por tradición un período en el que se esperaban desórdenes de conducta (por ejemplo, el estado de «enamoramiento», *chutithi*) y se toleraba el uso 'egoísta' de sustancias psicoactivas (los 'filtros de amor', que son sustancias diferentes a las que involucra el chamanismo, una práctica de beneficio colectivo) (Montani 2017, 356-78). Finalmente, pero no menos importante, los adolescentes wichís están nerviosos porque se están abriendo a un mundo social que ha incorporado al menos dos máquinas (celulares y motos), y para adquirirlas tendrán que hacer algo desagradable: volverse proletarios. Esta última palabra tiene hoy para los wichís sus dos sentidos: por un lado, tendrán que conseguir un trabajo asalariado (siempre escasísimo y pésimamente pago) y/o, por el otro, deberán formar una familia para poder tener hijos y, en muchísimos casos, de alguna manera explotarlos. ¿Cómo? Sustrayéndoles a los niños -y también a los afines con los que conviven- el dinero de los subsidios sociales que a ellos están destinados. Así analizado el escenario actual, es más fácil entender a los (pre)adolescentes wichís como fusibles de un circuito en corto, fusibles que, por intentar salvar el problema anestesiándose con nafta, eventualmente, se queman.

Pero sabemos que entre los wichís el accidente también lo sufre la máquina. Porque también a ella algo que le estaba destinado se le sustrae. Concretamente, a veces, un jovencito compra un poco de nafta en el surtidor, o a alguien que revende, y convida a los otros. Pero a los niños pequeños pocos les venden, y entonces ellos desconectan la manguerita que va del tanque al carburador y roban un poco de nafta de las motos de la casa. En esta práctica de un grupo que estructuralmente está llamado a actuar como 'fusible' hay también una suerte de resistencia pasiva a la máquina que jerarquiza.

Aunque hasta hace unos pocos años era un problema casi inaudito en la Argentina, desde la década de 1950 se han reportado «epidemias» u «olas» de inhalación de gasolina entre los niños de pueblos indígenas de lugares remotos del norte global. Sin duda se trata de un fenómeno multicausal, pero llama la atención el contraste entre su epidemiología idiosincrásica (marcada étnica, geográfica y temporalmente) y la inespecificidad de las causas que, hasta donde sé, se han invocado para explicarlo. Sobre todo, llama la atención que se haya pasado por alto la causa más evidente: para que haya ‘nafteo’ tiene que haber nafta; y para eso tiene que haber máquinas alrededor o, más aún, porque se trata de niños, máquinas *en la casa*. Pensar el problema en clave wichí permite preguntarnos si en definitiva no estamos frente a un accidente esperable, una desgracia más o menos predecible de la máquina entre los antimáquinas.

## Bibliografía

- AF (l'Académie française) (2024). s.v. «accident». *Dictionnaire de l'Académie française*.  
<https://www.dictionnaire-academie.fr/article/A9A0244>
- Cairney, S.; Dingwall, K. (2010). «The Mysterious Practice of Petrol Sniffing in Isolated Indigenous Groups». *Journal of Paediatrics and Child Health*, 46(9), 510-15.
- Ceddia, G.; Montani, R.; Mioni, W. (2022). «The Dialectics of Capital: Learning from Gran Chaco». *Sustainability Science*, 17, 2347-62.
- Claesson, K. (2008). *Notas sobre el vocabulario 'weenhayek'*. Cochabamba: SBB.
- Combès, I.; Montani, R. (2023). «Los ancestros de los valles: los mataguayos del piedemonte andino en la época colonial». *Tres ensayos de historia weenhayek/wichí*. Cochabamba: Itinerarios, 53-81.
- Corominas, J.; Pascual, J.A. (1984). *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- Dasso, M.C.; Franceschi, Z.A. (2015). «La representación wichí del trabajo y el ingenio azucarero». Córdoba, L.; Bossert, F.; Richard, N. (eds), *Capitalismo en las selvas: Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas (1850-1950)*, San Pedro de Atacama: Ediciones del Desierto, 65-91.
- Fortenberry, D.J. (1985). «Gasoline Sniffing». *The American Journal of Medicine*, 79(6), 740-4.
- Gell, A. (1998). *Art and Agency: An Anthropological Theory*. New York: Oxford University Press.
- Hutchby, I. (2001). «Technologies, Texts and Affordances». *Sociology*, 35(2), 441-56.
- Janežič, T. (1997). «Burns Following Petrol Sniffing». *Burns*, 23(1), 78-80.
- Lunt, R. (2016). *Un diccionario de la lengua wichí: wichí-español*. Buenos Aires: SBA.
- MacLean, S.; D'Abbs, P. (2002). «Petrol Sniffing in Aboriginal Communities: A Review of Interventions». *Drug and Alcohol Review*, 21, 65-72.
- M-W's (Merriam-Webster). s.v. «accident». *Merriam-Webster.com Dictionary*.  
<https://www.merriam-webster.com/dictionary/accident>
- Montani, R. (2015). «El ingenio como superartefacto: notas para una etnografía histórica de la cultura material wichí». Córdoba, L.; Bossert, F.; Richard, N. (eds),

- Capitalismo en las selvas: Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas (1850-1950)*. San Pedro de Atacama: Ediciones del Desierto, 19-44.
- Montani, R. (2017). *El mundo de las cosas entre los wichís del Gran Chaco: un estudio etnolingüístico*. Cochabamba: ILAMIS-Itinerarios.
- Montani, R. (2021). «La gente del bosque en la era de la máquina: lo residual de una misión». Richard, N.; Franceschi, Z.; Córdoba, L. (eds), *La misión de la máquina. Técnica, extractivismo y conversión en las tierras bajas sudamericanas*. Bolonia: Bologna University Press, 153-68.
- Mumford, L. (1969). *El mito de la máquina*. Buenos Aires: Emecé.
- Palmer, J. (2005). *La buena voluntad wichí: una espiritualidad indígena*. Formosa: APCD-Grupo de Trabajo Ruta 81.
- Palmer, J. (2013). «El suicidio wichí revisado». Tola, F.; Medrano, C.; Cardin, L. (eds). *Gran Chaco: ontologías, poder, afectividad*. Buenos Aires: Asociación Civil Rumbo Sur, 187-211.
- Preci, A. (2023). «On the Banks of the Pilcomayo River: Wichí Fishery in the Age of Motorcycles». *Cultural Geographies*, 30, 1-18. <https://doi.org/10.1177/14744740231154257>
- RAE (Real Academia Española) (2024). s.v. «accidente». *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/accidente?m=form>
- Remington, G.; Hoffman, B. (1984). «Gas Sniffing as a Form of Substance Abuse». *The Canadian Journal of Psychiatry*, 29(1), 31-5.
- Villar, D. (2023). «From Horseback to Motorbike: Inside the Motorcycle Boom in Indigenous South America». *The Conversation*, 24 de abril. <https://theconversation.com/from-horseback-to-motorbike-inside-the-motorcycle-boom-in-indigenous-south-america-198349>
- Wilbert, J.; Simoneau, K. (eds) (1982). *Folk Literature of the Mataco Indians*. Los Angeles: University of California.

